



COLECCIÓN  
R O B L E  
M O R A D O

# Tigre y paloma

(Antología)

---

FEDERICO GARCÍA LORCA

 UNIVERSIDAD  
DEL NORTE

---

Editorial

## Federico García Lorca (1898-1936)

Poeta, dramaturgo y prosista español, nacido en Fuente Vaqueros, Granada. Estudió Filosofía y Letras, así como Derecho, y estuvo adscrito a la Generación del 27. En la actualidad es considerado el poeta de mayor influencia y popularidad de la literatura española.

Sus escritos, tanto de poesía como de teatro, logran exaltar lo popular y las tradiciones andaluzas; se caracteriza por el uso de arriesgadas metáforas y símbolos que le permiten tratar temas como el amor, el deseo, la esterilidad, la muerte, la melancolía y la infancia.

En 1918 publica su primer poemario, *Impresiones y paisajes*, a este le siguieron *Poema del cante jondo* (1921), *Romancero gitano* (1928) y *Poeta en Nueva York* (1930), entre otros. También escribió más de 15 obras para teatro de las que se destacan títulos como *Mariana Pineda* (1927), *Bodas de sangre* (1933), *Yerma* (1934) y *La casa de Bernarda Alba* (1936); esta sería la última de sus producciones, puesto que ese mismo año fue detenido en Granada, fusilado y enterrado en una fosa común por el ejército franquista.

# **Tigre y paloma**

(Antología)

**Federico García Lorca**



---

Editorial



Colección **Roble Morado**

Tomo 4  
*Febrero, 2020*

## Contenido

5 *Prólogo*

### **La voz andaluza**

9 *Romance de toros en ronda*

12 *Sevilla*

14 *La guitarra*

16 *El grito*

17 *El paso de la siguiiriya*

18 *La casada infiel*

21 *Romance sonámbulo*

25 *El poeta pide a su amor  
que le escriba*

26 *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*

37 *Casida del sueño al aire libre*

38 *Gacela del amor imprevisto*

39 *Casida de la mano imposible*

40 *Gacela de la huida*

## **Canciones**

- 43 *Arbolé, arbolé*
- 45 *La soleá*
- 46 *Es verdad*
- 47 *Herido de amor*
- 48 *Tierra y luna*

## **América en el poeta**

- 53 *1910*
- 55 *Tu infancia en Menton*
- 57 *Norma y paraíso de los negros*
- 59 *El rey de Harlem*
- 66 *Iglesia abandonada*
- 69 *Danza de la muerte*
- 74 *Luna y panorama de los insectos*
- 79 *El poeta pide ayuda a la Virgen*
- 81 *Son de negros en Cuba*

## **Dos odas indispensables**

- 85 *Oda a Salvador Dalí*
- 88 *Oda a Walt Whitman*
- 96 *¡Libros, libros!*  
*(Medio pan y un libro)*
- 101 *Bibliografía*

## Prólogo

Traer al mundo una nueva antología de Federico García Lorca, una de las voces más excelsas de la poesía en nuestro idioma, y uno de los cerebros creativos más prodigiosos que la humanidad haya conocido, ha sido una de las tareas más placenteras que me han encomendado. Volver a leer a Lorca es encontrarse de nuevo con ese ser casi mítico que fue capaz de entregarle a la humanidad, en poco menos de dos décadas, una obra poética y dramática que hizo historia en la literatura universal. Una obra teñida a la vez por la sensibilidad del músico y el talento del dibujante, pero sobre todo, tocada por el poderoso magnetismo de un hombre que hizo del arte su territorio. Aquel desde donde creó, pensó, sintió y actuó sobre el mundo.

Esta selección no está ordenada cronológicamente; es, más bien, una secuencia de diferentes tonalidades en la voz del poeta: aquella que evoca a su tierra andaluza, aquella que se estremece ante la vida citadina en la Nueva York de la Gran Depresión, aquella en la que tiembla de amor, aquella en la que canta, aquella en la que clama por un mundo más justo.

Cantar a Lorca ha sido un consuelo por su ausencia, una tentación irresistible y al mismo tiempo un homenaje que

lo mantiene vivo en la memoria de millones de lectores. Aquí se recogen cinco de los innumerables poemas que han sido grabados por figuras como Enrique Morante, Paco Ibáñez, Joan Manuel Serrat, Carlos Cano, Camarón de la Isla, Fito Páez, Ana Belén, Leonard Cohen o la colombiana Marta Gómez, que canta 14 poemas de Lorca en su álbum *El corazón y el sombrero*.

De las odas creadas para diversos personajes de su época que dejaron en él profunda huella, he escogido dos que considero indispensables: la oda a Salvador Dalí, que refleja la intensidad de su relación personal, intelectual y artística con el genio del surrealismo, y la escrita para el gran poeta estadounidense Walt Whitman. Para cerrar la antología se incluye, como un botón de muestra de la prosa lorquiana, la alocución que el artista pronunciara en Fuente Vaqueros (Granada) en septiembre de 1931 a propósito de la inauguración de la biblioteca pública de su pueblo, y donde hace un fervoroso elogio de los libros y la cultura.

Espero haber capturado en este conjunto de textos el espíritu de una de las figuras literarias y dramáticas más extraordinarias del siglo XX, a la que ahora y siempre hay que volver.

**Patricia Iriarte**  
Poeta

# **La voz andaluza**

---



## Romance de toros en ronda<sup>1</sup>

En la corrida más grande  
que se vio en Ronda la vieja.  
Cinco toros de azabache,  
con divisa verde y negra.  
Yo pensaba siempre en ti;  
yo pensaba: si estuviera  
conmigo mi triste amiga,  
mi Marianita Pineda.

Las niñas venían gritando  
sobre pintadas calesas  
con abanicos redondos  
bordados de lentejuelas.  
Y los jóvenes de Ronda  
sobre jacas pintureras,  
los anchos sombreros grises  
calados hasta las cejas.

La plaza, con el gentío  
(calañés y altas peinetas)  
giraba como un zodiaco  
de risas blancas y negras.

---

<sup>1</sup> Fragmento del romance en tres estampas titulado *Mariana Pineda*.

Y cuando el gran Cayetano  
cruzó la pajiza arena  
con traje color manzana,  
bordado de plata y seda,  
destacándose gallardo  
entre la gente de brega  
frente a los toros zainos  
que España cría en su tierra,  
parecía que la tarde  
se ponía más morena.  
¡Si hubieras visto con qué  
gracia movía las piernas!  
¡Qué gran equilibrio el suyo  
con la capa y la muleta!  
Ni Pepe-Hillo ni nadie  
toreó como él torea.

Cinco toros mató; cinco,  
con divisa verde y negra.  
En la punta de su estoque  
cinco flores dejó abiertas,  
y a cada instante rozaba  
los hocicos de las fieras,  
como una gran mariposa  
de oro con alas bermejas.

La plaza, al par que la tarde,  
vibraba fuerte, violenta,  
y entre el olor de la sangre  
iba el olor de la sierra.

Yo pensaba siempre en ti;  
yo pensaba: ¡si estuviera  
conmigo mi triste amiga,  
mi Marianita Pineda!

## Sevilla

Sevilla es una torre  
llena de arqueros finos.

*Sevilla para herir.  
Córdoba para morir.*

Una ciudad que acecha  
largos ritmos,  
y los enrosca  
como laberintos.  
Como tallos de parra  
encendidos.

*¡Sevilla para herir!*

Bajo el arco del cielo,  
sobre su llano limpio,  
dispara la constante  
saeta de su río.

*¡Córdoba para morir!*

Y loca de horizonte,  
mezcla en su vino  
lo amargo de Don Juan  
y lo perfecto de Dionisio.

*Sevilla para herir.*  
*¡Siempre Sevilla para herir!*

## La guitarra

Empieza el llanto  
de la guitarra.  
Se rompen las copas  
de la madrugada.  
Empieza el llanto  
de la guitarra.  
Es inútil callarla.  
Es imposible  
callarla.  
Llora monótona  
como llora el agua,  
como llora el viento  
sobre la nevada.  
Es imposible  
callarla.  
Llora por cosas  
lejanas.  
Arena del Sur caliente  
que pide camelias blancas.  
Llora flecha sin blanco,  
la tarde sin mañana,  
y el primer pájaro muerto  
sobre la rama.

¡Oh, guitarra!  
Corazón malherido  
por cinco espadas.

## El grito

La elipse de un grito,  
va de monte  
a monte.

Desde los olivos,  
será un arco iris negro  
sobre la noche azul.

¡Ay!

Como un arco de viola  
el grito ha hecho vibrar  
largas cuerdas del viento.

¡Ay!

(Las gentes de las cuevas  
asoman sus velones).

¡Ay!

## El paso de la siguiiriya

Entre mariposas negras,  
va una muchacha morena  
junto a una blanca serpiente  
de niebla.

*Tierra de luz,  
cielo de tierra.*

Va encadenada al temblor  
de un ritmo que nunca llega,  
tiene el corazón de plata  
y un puñal en la diestra.  
¿A dónde vas, siguiiriya,  
con un ritmo sin cabeza?  
¿Qué luna recogerá  
tu dolor de cal y adelfa?

*Tierra de luz,  
cielo de tierra.*

## La casada infiel

Y que yo me la llevé al río  
creyendo que era mozuela,  
pero tenía marido.

Fue la noche de Santiago  
y casi por compromiso.  
Se apagaron los faroles  
y se encendieron los grillos.  
En las últimas esquinas  
toqué sus pechos dormidos,  
y se me abrieron de pronto  
como ramos de jacintos.  
El almidón de su enagua  
me sonaba en el oído,  
como una pieza de seda  
rasgada por diez cuchillos.  
Sin luz de plata en sus copas  
los árboles han crecido,  
y un horizonte de perros  
ladra muy lejos del río.

\* \* \*

Pasadas las zarzamoras,  
los juncos y los espinos,  
bajo su mata de pelo  
hice un hoyo sobre el limo.  
Yo me quité la corbata.  
Ella se quitó el vestido.  
Yo el cinturón con revólver.  
Ella sus cuatro corpiños.  
Ni nardos ni caracolas  
tienen el cutis tan fino,  
ni los cristales con luna  
relumbran con ese brillo.  
Sus muslos se me escapaban  
como peces sorprendidos,  
la mitad llenos de lumbre,  
la mitad llenos de frío.  
Aquella noche corrí  
el mejor de los caminos,  
montado en potra de nácar  
sin bridas y sin estribos.  
No quiero decir, por hombre,  
las cosas que ella me dijo.

La luz del entendimiento  
me hace ser muy comedido.  
Sucia de besos y arena  
yo me la llevé del río.  
Con el aire se batían  
las espadas de los lirios.

Me porté como quien soy.  
Como un gitano legítimo.  
Le regalé un costurero  
grande de raso pajizo,  
y no quise enamorarme  
porque teniendo marido  
me dijo que era mozuela  
cuando la llevaba al río.

## Romance sonámbulo

*A Gloria Giner  
y Fernando de los Ríos*

Verde que te quiero verde.  
Verde viento. Verdes ramas.  
El barco sobre la mar  
y el caballo en la montaña.  
Con la sombra en la cintura  
ella sueña en su baranda,  
verde carne, pelo verde,  
con ojos de fría plata.  
Verde que te quiero verde.  
Bajo la luna gitana,  
las cosas la están mirando  
y ella no puede mirarlas.

\* \* \*

Verde que te quiero verde.  
Grandes estrellas de escarcha,  
vienen con el pez de sombra  
que abre el camino del alba.  
La higuera frota su viento  
con la lija de sus ramas,

y el monte, gato garduño,  
eriza sus pitas agrias.  
¿Pero quién vendrá? ¿Y por dónde...?  
Ella sigue en su baranda,  
verde carne, pelo verde,  
soñando en la mar amarga.  
Compadre, quiero cambiar  
mi caballo por su casa,  
mi montura por su espejo,  
mi cuchillo por su manta.  
Compadre, vengo sangrando,  
desde los puertos de Cabra.  
Si yo pudiera, mocito,  
ese trato se cerraba.  
Pero yo ya no soy yo,  
ni mi casa es ya mi casa.  
Compadre, quiero morir  
decentemente en mi cama.  
De acero, si puede ser,  
con las sábanas de holanda.  
¿No ves la herida que tengo  
desde el pecho a la garganta?  
Trescientas rosas morenas  
lleva tu pechera blanca.  
Tu sangre rezuma y huele  
alrededor de tu faja.

Pero yo ya no soy yo,  
ni mi casa es ya mi casa.  
Dejadme subir al menos  
hasta las altas barandas,  
¡dejadme subir!, dejadme  
hasta las verdes barandas.  
Barandales de la luna  
por donde retumba el agua.

\* \* \*

Ya suben los dos compadres  
hacia las altas barandas.  
Dejando un rastro de sangre.  
Dejando un rastro de lágrimas.  
Temblaban en los tejados  
farolillos de hojalata.  
Mil panderos de cristal,  
herían la madrugada.

\* \* \*

Verde que te quiero verde,  
verde viento, verdes ramas.  
Los dos compadres subieron.  
El largo viento, dejaba

en la boca un raro gusto  
de hiel, de menta y de albahaca.  
¡Compadre! ¿Dónde está, dime?  
¿Dónde está tu niña amarga?  
¡Cuántas veces te esperó!  
¡Cuántas veces te esperara,  
cara fresca, negro pelo,  
en esta verde baranda!

\* \* \*

Sobre el rostro del aljibe  
se mecía la gitana.  
Verde carne, pelo verde,  
con ojos de fría plata.  
Un carámbano de luna  
la sostiene sobre el agua.  
La noche se puso íntima  
como una pequeña plaza.  
Guardias civiles borrachos  
en la puerta golpeaban.  
Verde que te quiero verde.  
Verde viento. Verdes ramas.  
El barco sobre la mar.  
Y el caballo en la montaña.

## El poeta pide a su amor que le escriba

Amor de mis entrañas, viva muerte,  
en vano espero tu palabra escrita  
y pienso, con la flor que se marchita,  
que si vivo sin mí quiero perderte.

El aire es inmortal, la piedra inerte  
ni conoce la sombra ni la evita.  
Corazón interior no necesita  
la miel helada que la luna vierte.

Pero yo te sufrí, rasgué mis venas,  
tigre y paloma, sobre tu cintura  
en duelo de mordiscos y azucenas.

Llena, pues, de palabras mi locura  
o déjame vivir en mi serena noche  
del alma para siempre oscura.

## Llanto por Ignacio Sánchez Mejías

1

### La cogida y la muerte

A las cinco de la tarde.  
Eran las cinco en punto de la tarde.  
Un niño trajo la blanca sábana  
*a las cinco de la tarde.*  
Una espuerta de cal ya prevenida  
*a las cinco de la tarde.*  
Lo demás era muerte y sólo muerte  
*a las cinco de la tarde.*

El viento se llevó los algodones  
*a las cinco de la tarde.*  
Y el óxido sembró cristal y níquel  
*a las cinco de la tarde.*  
Ya luchan la paloma y el leopardo  
*a las cinco de la tarde.*  
Y un muslo con un asta desolada  
*a las cinco de la tarde.*  
Comenzaron los sones del bordón  
*a las cinco de la tarde.*  
Las campanas de arsénico y el humo  
*a las cinco de la tarde.*

En las esquinas grupos de silencio  
*a las cinco de la tarde.*  
¡Y el toro solo corazón arriba!  
*a las cinco de la tarde.*  
Cuando el sudor de nieve fue llegando  
*a las cinco de la tarde,*  
cuando la plaza se cubrió de yodo  
*a las cinco de la tarde,*  
la muerte puso huevos en la herida  
*a las cinco de la tarde.*  
*A las cinco de la tarde.*  
*A las cinco en punto de la tarde.*

Un ataúd con ruedas es la cama  
*a las cinco de la tarde.*  
Huesos y flautas suenan en su oído  
*a las cinco de la tarde.*  
El toro ya mugía por su frente  
*a las cinco de la tarde.*  
El cuarto se irisaba de agonía  
*a las cinco de la tarde.*  
A lo lejos ya viene la gangrena  
*a las cinco de la tarde.*  
Trompa de lirio por las verdes ingles  
*a las cinco de la tarde.*  
Las heridas quemaban como soles

*a las cinco de la tarde,*  
y el gentío rompía las ventanas  
*a las cinco de la tarde.*  
*A las cinco de la tarde.*  
¡Ay qué terribles cinco de la tarde!  
¡Eran las cinco en todos los relojes!  
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!

2

## **La sangre derramada**

¡Que no quiero verla!

Dile a la luna que venga,  
que no quiero ver la sangre  
de Ignacio sobre la arena.

¡Que no quiero verla!

La luna de par en par.  
Caballo de nubes quietas,  
y la plaza gris del sueño  
con sauces en las barreras.

¡Que no quiero verla!  
Que mi recuerdo se quema.  
¡Avisad a los jazmines  
con su blancura pequeña!

¡Que no quiero verla!

La vaca del viejo mundo  
pasaba su triste lengua  
sobre un hocico de sangres  
derramadas en la arena,  
y los toros de Guisando,  
casi muerte y casi piedra,  
mugieron como dos siglos  
hartos de pisar la tierra.

No.

¡Que no quiero verla!

Por las gradas sube Ignacio  
con toda su muerte a cuestras.  
Buscaba el amanecer,  
y el amanecer no era.  
Busca su perfil seguro,  
y el sueño lo desorienta.  
Buscaba su hermoso cuerpo  
y encontró su sangre abierta.

¡No me digáis que la vea!  
No quiero sentir el chorro  
cada vez con menos fuerza;  
ese chorro que ilumina  
los tendidos y se vuelca  
sobre la pana y el cuero  
de muchedumbre sedienta.  
¡Quién me grita que me asome!  
¡No me digáis que la vea!

No se cerraron sus ojos  
cuando vio los cuernos cerca,  
pero las madres terribles  
levantaron la cabeza.  
Y a través de las ganaderías,  
hubo un aire de voces secretas  
que gritaban a toros celestes,  
mayorales de pálida niebla.  
No hubo príncipe en Sevilla  
que comparársele pueda,  
ni espada como su espada  
ni corazón tan de veras.  
Como un río de leones  
su maravillosa fuerza,  
y como un torso de mármol  
su dibujada prudencia.

Aire de Roma andaluza  
le doraba la cabeza  
donde su risa era un nardo  
de sal y de inteligencia.  
¡Qué gran torero en la plaza!  
¡Qué gran serrano en la sierra!  
¡Qué blando con las espigas!  
¡Qué duro con las espuelas!  
¡Qué tierno con el rocío!  
¡Qué deslumbrante en la feria!  
¡Qué tremendo con las últimas  
banderillas de tiniebla!

Pero ya duerme sin fin.  
Ya los musgos y la hierba  
abren con dedos seguros  
la flor de su calavera.  
Y su sangre ya viene cantando:  
cantando por marismas y praderas,  
resbalando por cuernos ateridos,  
vacilando sin alma por la niebla,  
tropezando con miles de pezuñas  
como una larga, oscura, triste lengua,  
para formar un charco de agonía  
junto al Guadalquivir de las estrellas.  
¡Oh blanco muro de España!

¡Oh negro toro de pena!  
¡Oh sangre dura de Ignacio!  
¡Oh ruiseñor de sus venas!

No.

¡Que no quiero verla!  
Que no hay cáliz que la contenga,  
que no hay golondrinas que se la beban,  
no hay escarcha de luz que la enfríe,  
no hay canto ni diluvio de azucenas,  
no hay cristal que la cubra de plata.

No.

¡¡Yo no quiero verla!!

### 3

#### **Cuerpo presente**

La piedra es una frente donde los sueños gimen  
sin tener agua curva ni cipreses helados.  
La piedra es una espalda para llevar al tiempo  
con árboles de lágrimas y cintas y planetas.

Yo he visto lluvias grises correr hacia las olas  
levantando sus tiernos brazos acribillados,  
para no ser cazadas por la piedra tendida  
que desata sus miembros sin emparar la sangre.

Porque la piedra coge simientes y nublados,  
esqueletos de alondras y lobos de penumbra;  
pero no da sonidos, ni cristales, ni fuego,  
sino plazas y plazas y otras plazas sin muros.

Ya está sobre la piedra Ignacio el bien nacido.  
Ya se acabó; ¿qué pasa? Contemplad su figura:  
la muerte le ha cubierto de pálidos azufres  
y le ha puesto cabeza de oscuro minotauro.

Ya se acabó. La lluvia penetra por su boca.  
El aire como loco deja su pecho hundido,  
y el Amor, empapado con lágrimas de nieve,  
se calienta en la cumbre de las ganaderías.

¿Qué dicen? Un silencio con hedores reposa.  
Estamos con un cuerpo presente que se esfuma,  
con una forma clara que tuvo ruiseñores  
y la vemos llenarse de agujeros sin fondo.

¿Quién arruga el sudario? ¡No es verdad lo que dice!  
Aquí no canta nadie, ni llora en el rincón,  
ni pica las espuelas, ni espanta la serpiente:  
aquí no quiero más que los ojos redondos  
para ver ese cuerpo sin posible descanso.

Yo quiero ver aquí los hombres de voz dura.  
Los que doman caballos y dominan los ríos:  
los hombres que les suena el esqueleto y cantan  
con una boca llena de sol y pedernales.

Aquí quiero yo verlos. Delante de la piedra.  
Delante de este cuerpo con las riendas quebradas.  
Yo quiero que me enseñen dónde está la salida  
para este capitán atado por la muerte.

Yo quiero que me enseñen un llanto como un río  
que tenga dulces nieblas y profundas orillas,  
para llevar el cuerpo de Ignacio y que se pierda  
sin escuchar el doble resuello de los toros.

Que se pierda en la plaza redonda de la luna  
que finge cuando niña doliente res inmóvil;  
que se pierda en la noche sin canto de los peces  
y en la maleza blanca del humo congelado.

No quiero que le tapen la cara con pañuelos  
para que se acostumbre con la muerte que lleva.  
Vete, Ignacio: No sientas el caliente bramido.  
Duerme, vuela, reposa: ¡También se muere el mar!

4

## **Alma ausente**

No te conoce el toro ni la higuera,  
ni caballos ni hormigas de tu casa.  
No te conoce el niño ni la tarde  
porque te has muerto para siempre.

No te conoce el lomo de la piedra,  
ni el raso negro donde te destrozas.  
No te conoce tu recuerdo mudo  
porque te has muerto para siempre.

El otoño vendrá con caracolas,  
uva de niebla y montes agrupados,  
pero nadie querrá mirar tus ojos  
porque te has muerto para siempre.

Porque te has muerto para siempre,  
como todos los muertos de la Tierra,  
como todos los muertos que se olvidan  
en un montón de perros apagados.

No te conoce nadie. No. Pero yo te canto.  
Yo canto para luego tu perfil y tu gracia.  
La madurez insigne de tu conocimiento.  
Tu apetencia de muerte y el gusto de su boca.  
La tristeza que tuvo tu valiente alegría.

Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,  
un andaluz tan claro, tan rico de aventura.  
Yo canto su elegancia con palabras que gimen  
y recuerdo una brisa triste por los olivos.

## Casida del sueño al aire libre

Flor de jazmín y toro degollado.  
Pavimento infinito. Mapa. Sala. Arpa. Alba.  
La niña finge un toro de jazmines  
y el toro es un sangriento crepúsculo que brama.

Si el cielo fuera un niño pequeñito,  
los jazmines tendrían mitad de noche oscura,  
y el toro circo azul sin lidiadores  
y un corazón al pie de una columna.

Pero el cielo es un elefante  
y el jazmín es un agua sin sangre  
y la niña es un ramo nocturno  
por el inmenso pavimento oscuro.

Entre el jazmín y el toro  
o garfios de marfil o gente dormida.  
En el jazmín un elefante y nubes  
y en el toro el esqueleto de la niña.

## Gacela del amor imprevisto

Nadie comprendía el perfume  
de la oscura magnolia de tu vientre.  
Nadie sabía que martirizabas  
un colibrí de amor entre los dientes.

Mil caballitos persas se dormían  
en la plaza con luna de tu frente,  
mientras que yo enlazaba cuatro noches  
tu cintura, enemiga de la nieve.

Entre yeso y jazmines, tu mirada  
era un pálido ramo de simientes.  
Yo busqué, para darte, por mi pecho  
las letras de marfil que dicen siempre.

Siempre, siempre: jardín de mi agonía,  
tu cuerpo fugitivo para siempre,  
la sangre de tus venas en mi boca,  
tu boca ya sin luz para mi muerte.

## Casida de la mano imposible

Yo no quiero más que una mano,  
una mano herida, si es posible.  
Yo no quiero más que una mano,  
aunque pase mil noches sin lecho.

Sería un pálido lirio de cal,  
sería una paloma amarrada a mi corazón,  
sería el guardián que en la noche de mi tránsito  
prohibiera en absoluto la entrada a la luna.

Yo no quiero más que esa mano  
para los diarios aceites y la sábana blanca de  
/mi agonía

Yo no quiero más que esa mano  
para tener un ala de mi muerte.

Lo demás todo pasa.  
Rubor sin nombre ya, astro perpetuo.  
Lo demás es lo otro; viento triste,  
mientras las hojas huyen en bandadas.

## Gacela de la huida

Me he perdido muchas veces por el mar  
con el oído lleno de flores recién cortadas,  
con la lengua llena de amor y de agonía.

No hay noche que, al dar un beso,  
no sienta la sonrisa de las gentes sin rostro,  
ni hay nadie que, al tocar un recién nacido,  
olvide las inmóviles calaveras de caballo.

Porque las rosas buscan en la frente  
un duro paisaje de hueso  
y las manos del hombre no tienen más sentido  
que imitar a las raíces bajo tierra.

Como me pierdo en el corazón de algunos niños,  
me he perdido muchas veces por el mar.  
Ignorante del agua, voy buscando  
una muerte de luz que me consuma.

# Canciones

---



## Arbolé, arbolé

Arbolé, arbolé  
seco y verdé.

La niña del bello rostro  
está cogiendo aceituna.  
El viento, galán de torres,  
la prende por la cintura.  
Pasaron cuatro jinetes  
sobre jacas andaluzas  
con trajes de azul y verde,  
con largas capas oscuras.  
«Vente a Córdoba, muchacha».  
La niña no los escucha.  
Pasaron tres torerillos  
delgaditos de cintura,  
con trajes color naranja  
y espadas de plata antigua.  
«Vente a Sevilla, muchacha».  
La niña no los escucha.  
Cuando la tarde se puso  
morada, con luz difusa,  
pasó un joven que llevaba  
rosas y mirtos de luna.  
«Vente a Granada, muchacha».

Y la niña no lo escucha.  
La niña del bello rostro  
sigue cogiendo aceituna,  
con el brazo gris del viento  
ceñido por la cintura.

Arbolé arbolé  
seco y verdé.

## La soleá

Vestida con mantos negros  
piensa que el mundo es chiquito  
y el corazón es inmenso.

*Vestida con mantos negros.*

Piensa que el suspiro tierno  
y el grito, desaparecen  
en la corriente del viento.

*Vestida con mantos negros.*

Se dejó el balcón abierto  
y al alba por el balcón  
desembocó todo el cielo.

*¡Ay yayayayay,  
que vestida con mantos negros!*

## Es verdad

¡Ay qué trabajo me cuesta  
quererte como te quiero!

Por tu amor me duele el aire,  
el corazón  
y el sombrero.

¿Quién me compraría a mí  
este cintillo que tengo  
y esta tristeza de hilo  
blanco, para hacer pañuelos?

¡Ay qué trabajo me cuesta  
quererte como te quiero!

## Herido de amor

Amor, amor, que está herido,  
herido,  
de amor huido.

Herido,  
muerto de amor.

Decid a todos que ha sido  
el ruiseñor.

Herido,  
muerto de amor.

Bisturí de cuatro filos,  
garganta rota,  
y olvido.

Cógeme la mano, amor,  
que vengo muy malherido,  
herido,  
de amor huido.

Herido,  
muerto de amor.

## Tierra y luna

Me quedo con el transparente hombrecillo  
que come los huevos de la golondrina.  
Me quedo con el niño desnudo  
que pisotean los borrachos de Brooklyn.  
Con las criaturas mudas que pasan bajo los arcos.  
Con el arroyo de venas ansioso de abrir  
/sus manecitas.

Tierra tan sólo. Tierra.  
Tierra para los manteles estremecidos,  
para la pupila viciosa de nube,  
para las heridas recientes y el húmedo  
/pensamiento.  
Tierra para todo lo que huye de la Tierra.

No es la ceniza en vilo de las cosas quemadas,  
ni los muertos que mueven sus lenguas bajo  
/los árboles.  
Es la tierra desnuda que bala por el cielo  
y deja atrás los grupos ligeros de ballenas.

Es la tierra alegrísima, imperturbable nadadora,  
la que yo encuentro en el niño y en las criaturas  
/que pasan los arcos.  
¡Viva tierra de mi pulso y del baile de los helechos  
que deja a veces por el aire un duro perfil de Faraón!

Me quedo con la mujer fría  
donde se queman los musgos inocentes.  
Me quedo con los borrachos de Brooklyn  
que pisan al niño desnudo.  
Me quedo con los signos desgarrados  
de la lenta comida de los osos.

Pero entonces baja la luna despeñada por  
/las escaleras,  
poniendo las ciudades de hule celeste  
/y talco sensitivo,  
llenando de pies de mármol la llanura sin recodos  
y olvidando, bajo las sillas, diminutas carcajadas  
/de algodón.

¡Oh Diana, Diana! Diana vacía!  
Convexa resonancia donde la abeja se vuelve loca.  
Mi amor es paso, tránsito, larga muerte gustada,  
nunca la piel ilesa de tu desnudo huido.

Es tierra, ¡Dios mío!, tierra lo que vengo buscando.  
Embozo de horizonte, latido y sepultura.  
Es dolor que se acaba y amor que se consume,  
torre de sangre abierta con las manos quemadas.

Pero la luna subía y bajaba las escaleras,  
repartiendo lentejas desangradas en los ojos,  
dando escobazos de plata a los niños de los muelles  
y borrando mi apariencia por el término del aire.

## **América en el poeta**

---



1910

*(Intermedio)*

Aquellos ojos míos de mil novecientos diez  
no vieron enterrar a los muertos,  
ni la feria de ceniza del que llora por la madrugada,  
ni el corazón que tiembla arrinconado como un  
/caballito de mar.

Aquellos ojos míos de mil novecientos diez  
vieron la blanca pared donde orinaban las niñas,  
el hocico del toro, la seta venenosa  
y una luna incomprensible que iluminaba por  
/los rincones  
los pedazos de limón seco bajo el negro duro de  
/las botellas.

Aquellos ojos míos en el cuello de la jaca,  
en el seno traspasado de Santa Rosa dormida,  
en los tejados del amor, con gemidos y frescas manos,  
en un jardín donde los gatos se comían a las ranas.

Desván donde el polvo viejo congrega estatuas  
/y musgos,  
cajas que guardan silencio de cangrejos devorados  
en el sitio donde el sueño tropezaba con su realidad.  
Allí mis pequeños ojos.

No preguntarme nada. He visto que las cosas  
cuando buscan su curso encuentran su vacío.  
Hay un dolor de huecos por el aire sin gente  
y en mis ojos criaturas vestidas ¡sin desnudo!

## Tu infancia en Menton

*Sí, tu niñez ya fábula de fuentes.*

Jorge Guillén

Sí, tu niñez ya fábula de fuentes.  
El tren y la mujer que llena el cielo.  
Tu soledad esquiva en los hoteles  
y tu máscara pura de otro signo.  
Es la niñez del mar y tu silencio  
donde los sabios vidrios se quebraban.  
Es tu yerta ignorancia donde estuvo  
mi torso limitado por el fuego.  
Norma de amor te di, hombre de Apolo,  
llanto con ruiseñor enajenado,  
pero, pasto de ruina, te afilabas  
para los breves sueños indecisos.  
Pensamiento de enfrente, luz de ayer,  
índices y señales del acaso.  
Tu cintura de arena sin sosiego  
atiende sólo rastros que no escalan.  
Pero yo he de buscar por los rincones  
tu alma tibia sin ti que no te entiende,  
con el dolor de Apolo detenido  
con que he roto la máscara que llevas.  
Allí, león, allí, furia del cielo,

te dejaré pacer en mis mejillas;  
allí, caballo azul de mi locura,  
pulso de nebulosa y minuterero,  
he de buscar las piedras de alacranes  
y los vestidos de tu madre niña,  
llanto de media noche y paño roto  
que quitó luna de la sien del muerto.  
Sí, tu niñez ya fábula de fuentes.  
Alma extraña de mi hueco de venas,  
te he de buscar pequeña y sin raíces.  
¡Amor de siempre, amor, amor de nunca!  
¡Oh, sí! Yo quiero. ¡Amor, amor! Dejadme.  
No me tapen la boca los que buscan  
espigas de Saturno por la nieve  
o castran animales por un cielo,  
clínica y selva de la anatomía.  
Amor, amor, amor Niñez del mar.  
Tu alma tibia sin ti que no te entiende.  
Amor, amor, un vuelo de la corza  
por el pecho sin fin de la blancura.  
Y tu niñez, amor, y tu niñez.  
El tren y la mujer que llena el cielo.  
Ni tú, ni yo, ni el aire, ni las hojas.  
Sí, tu niñez ya fábula de fuentes.

## Norma y paraíso de los negros

Odian la sombra del pájaro  
sobre el pleamar de la blanca mejilla  
y el conflicto de luz y viento  
en el salón de la nieve fría.

Odian la flecha sin cuerpo,  
el pañuelo exacto de la despedida,  
la aguja que mantiene presión y rosa  
en el gramíneo rubor de la sonrisa.

Aman el azul desierto,  
las vacilantes expresiones bovinas,  
la mentirosa luna de los polos,  
la danza curva del agua en la orilla.

Con la ciencia del tronco y del rastro  
llenan de nervios luminosos la arcilla  
y patinan lúbricos por agua y arenas  
gustando la amarga frescura de su milenaria saliva.

Es por el azul crujiente,  
azul sin un gusano ni una huella dormida,  
donde los huevos de avestruz quedan eternos  
y deambulan intactas las lluvias bailarinas.

Es por el azul sin historia,  
azul de una noche sin temor de día,  
azul donde el desnudo del viento va quebrando  
los camellos sonámbulos de las nubes vacías.

Es allí donde sueñan los torsos bajo la gula  
/de la hierba.  
Allí los corales empapan la desesperación  
/de la tinta,  
los durmientes borran sus perfiles bajo la madeja  
/de los caracoles  
y queda el hueco de la danza sobre las últimas  
/cenizas.

## El rey de Harlem

Con una cuchara  
arrancaba los ojos a los cocodrilos  
y golpeaba el trasero de los monos.  
Con una cuchara.

Fuego de siempre dormía en los pedernales  
y los escarabajos borrachos de anís  
olvidaban el musgo de las aldeas.

Aquel viejo cubierto de setas  
iba al sitio donde lloraban los negros  
mientras crujía la cuchara del rey  
y llegaban los tanques de agua podrida.

Las rosas huían por los filos  
de las últimas curvas del aire,  
y en los montones de azafrán  
los niños machacaban pequeñas ardillas  
con un rubor de frenesí manchado.

Es preciso cruzar los puentes  
y llegar al rubor negro  
para que el perfume de pulmón  
nos golpee las sienes con su vestido  
de caliente piña.

Es preciso matar al rubio vendedor de aguardiente,  
a todos los amigos de la manzana y de la arena,  
y es necesario dar con los puños cerrados  
a las pequeñas judías que tiemblan llenas  
/de burbujas,  
para que el rey de Harlem cante con su  
/muchedumbre,  
para que los cocodrilos duerman en largas filas  
bajo el amianto de la luna,  
y para que nadie dude de la infinita belleza  
de los plumeros, los ralladores, los cobres y  
/las cacerolas de las cocinas.

¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem!  
¡No hay angustia comparable a tus rojos oprimidos,  
a tu sangre estremecida dentro del eclipse oscuro,  
a tu violencia granate sordomuda en la penumbra,  
a tu gran rey prisionero, con un traje de conserje!

\* \* \*

Tenía la noche una hendidura  
y quietas salamandras de marfil.  
Las muchachas americanas  
llevaban niños y monedas en el vientre  
y los muchachos se desmayaban  
en la cruz del desperezo.

Ellos son.

Ellos son los que beben el whisky de plata  
junto a los volcanes  
y tragan pedacitos de corazón,  
por las heladas montañas del oso.

Aquella noche el rey de Harlem,  
con una durísima cuchara  
arrancaba los ojos a los cocodrilos  
y golpeaba el trasero de los monos.  
Con una cuchara.

Los negros lloraban confundidos  
entre paraguas y soles de oro,  
los mulatos estiraban gomas, ansiosos de llegar  
/al torso blanco,  
y el viento empañaba espejos  
y quebraba las venas de los bailarines.

Negros, Negros, Negros, Negros.

La sangre no tiene puertas en vuestra noche  
/boca arriba.  
No hay rubor. Sangre furiosa por debajo de las pieles,  
viva en la espina del puñal y en el pecho de  
/los paisajes,  
bajo las pinzas y las retamas de la celeste luna  
/de Cáncer.

Sangre que busca por mil caminos muertas  
/enharinadas y ceniza de nardo,  
cielos yertos en declive, donde las colonias  
/de planetas  
rueden por las playas con los objetos abandonados.

Sangre que mira lenta con el rabo del ojo,  
hecha de espartos exprimidos, néctares de  
/subterráneos.  
Sangre que oxida el alisio descuidado en una huella  
y disuelve a las mariposas en los cristales de  
/la ventana.

Es la sangre que viene, que vendrá  
por los tejados y azoteas, por todas partes,  
para quemar la clorofila de las mujeres rubias,  
para gemir al pie de las camas ante el insomnio  
/de los lavabos  
y estrellarse en una aurora de tabaco y bajo  
/amarillo.

Hay que huir,  
huir por las esquinas y encerrarse en los últimos  
/pisos,  
porque el tuétano del bosque penetrará por  
/las rendijas

para dejar en vuestra carne una leve huella  
/de eclipse  
y una falsa tristeza de guante desteñado y rosa  
/química.

\* \* \*

Es por el silencio sapientísimo  
cuando los camareros y los cocineros y los que  
/limpian con la lengua  
las heridas de los millonarios  
buscan al rey por las calles o en los ángulos del salitre.

Un viento sur de madera, oblicuo en el negro fango,  
escupe a las barcas rotas y se clava puntillas en  
/los hombros;  
un viento sur que lleva  
colmillos, girasoles, alfabetos  
y una pila de Volta con avispa ahogada.

El olvido estaba expresado por tres gotas de tinta  
/sobre el monóculo,  
el amor por un solo rostro invisible a flor de piedra.  
Médulas y corolas componían sobre las nubes  
un desierto de tallos sin una sola rosa.

\* \* \*

A la izquierda, a la derecha, por el Sur y por el Norte,  
se levanta el muro impasible  
para el topo, la aguja del agua.  
No busquéis, negros, su grieta  
para hallar la máscara infinita.  
Buscad el gran sol del centro  
hechos una piña zumbadora.  
El sol que se desliza por los bosques  
seguro de no encontrar una ninfa,  
el sol que destruye números y no ha cruzado nunca  
/un sueño,  
el tatuado sol que baja por el río  
y muge seguido de caimanes.

Negros, Negros, Negros, Negros.

Jamás sierpe, ni cebra, ni mula  
palidieron al morir.  
El leñador no sabe cuándo expiran  
los clamorosos árboles que corta.  
Aguardad bajo la sombra vegetal de vuestro rey  
a que cicutas y cardos y ortigas turben postreras  
/azoteas.

Entonces, negros, entonces, entonces,  
podréis besar con frenesí las ruedas de las bicicletas,  
poner parejas de microscopios en las cuevas de  
/las ardillas  
y danzar al fin, sin duda, mientras las flores  
/erizadas  
asesinan a nuestro Moisés casi en los juncos  
/del cielo.

¡Ay, Harlem, disfrazada!  
¡Ay, Harlem, amenazada por un gentío de trajes  
/sin cabeza!

Me llega tu rumor,  
me llega tu rumor atravesando troncos y ascensores,  
a través de láminas grises,  
donde flotan tus automóviles cubiertos de dientes,  
a través de los caballos muertos y los crímenes  
/diminutos,  
a través de tu gran rey desesperado  
cuyas barbas llegan al mar.

## Iglesia abandonada

### *(Balada de la gran guerra)*

Yo tenía un hijo que se llamaba Juan.

Yo tenía un hijo.

Se perdió por los arcos un viernes de todos

/los muertos.

Lo vi jugar en las últimas escaleras de la misa

y echaba un cubito de hojalata en el corazón

/del sacerdote.

He golpeado los ataúdes. ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

Saqué una pata de gallina por detrás de la luna

/y luego

comprendí que mi niña era un pez

por donde se alejan las carretas.

Yo tenía una niña.

Yo tenía un pez muerto bajo la ceniza de los

incensarios.

Yo tenía un mar. ¿De qué? ¡Dios mío! ¡Un mar!

Subí a tocar las campanas, pero las frutas tenían

/gusanos

y las cerillas apagadas

se comían los trigos de la primavera.

Yo vi la transparente cigüeña de alcohol

mondar las negras cabezas de los soldados  
/agonizantes  
y vi las cabañas de goma  
donde giraban las copas llenas de lágrimas.  
En las anémonas del ofertorio te encontraré,  
/¡corazón mío!,  
cuando el sacerdote levante la mula y el buey con  
/sus fuertes brazos  
para espantar los sapos nocturnos que rondan los  
/helados paisajes del cáliz.  
Yo tenía un hijo que era un gigante,  
pero los muertos son más fuertes y saben devorar  
/pedazos de cielo.  
Si mi niño hubiera sido un oso,  
yo no temería el siglo de los caimanes,  
ni hubiese visto el mar amarrado a los árboles  
para ser fornicado y herido por el tropel de  
/los regimientos.  
¡Si mi niño hubiera sido un oso!  
Me envolveré sobre esta lona dura para no sentir  
/el frío de los musgos.

Sé muy bien que me darán una manga o la corbata;  
pero en el centro de la misa yo romperé el timón  
/y entonces  
vendrá a la piedra la locura de pingüinos y gaviotas  
que harán decir a los que duermen y a los que  
/cantan por las esquinas:

él tenía un hijo.

¡Un hijo! ¡Un hijo! ¡Un hijo

que no era más que suyo, porque era su hijo!

¡Su hijo! ¡Su hijo! ¡Su hijo!

## Danza de la muerte

*El mascarón, ¡Mirad el mascarón!  
¡Cómo viene del África a Nueva York!*

Se fueron los árboles de la pimienta,  
Los pequeños botones de fósforo.  
Se fueron los camellos de carne desgarrada  
y los valles de luz que el cisne levantaba con el pico.

Era el momento de las cosas secas,  
de la espiga en el ojo y el gato laminado,  
del óxido de hierro de los grandes puentes  
y el definitivo silencio del corcho.

Era la gran reunión de los animales muertos,  
traspasados por las espadas de la luz;  
la alegría eterna del hipopótamo con las pezuñas  
/de ceniza  
y de la gacela con una siempreviva en la garganta.

En la marchita soledad sin honda  
el abollado mascarón danzaba.  
Medio lado del mundo era de arena,  
mercurio y sol dormido el otro medio.

*El mascarón. ¡Mirad el mascarón!  
¡Arena, caimán y miedo sobre Nueva York!*

\* \* \*

Desfiladeros de cal aprisionaban un cielo vacío  
donde sonaban las voces de los que mueren bajo  
/el guano.

Un cielo mondado y puro, idéntico a sí mismo,  
con el bozo y lirio agudo de sus montañas  
/invisibles,

acabó con los más leves tallitos del canto  
y se fue al diluvio empaquetado de la savia,  
a través del descanso de los últimos desfiles,  
levantando con el rabo pedazos de espejo.

Cuando el chino lloraba en el tejado  
sin encontrar el desnudo de su mujer  
y el director del banco observaba el manómetro  
que mide el cruel silencio de la moneda,  
el mascarón llegaba a Wall Street.

No es extraño para la danza  
este columbario que pone los ojos amarillos.  
De la esfinge a la caja de caudales hay un hilo tenso  
que atraviesa el corazón de todos los niños pobres.  
El ímpetu primitivo baila con el ímpetu mecánico,  
ignorantes en su frenesí de la luz original.  
Porque si la rueda olvida su fórmula,  
ya puede cantar desnuda con las manadas  
/de caballos;  
y si una llama quema los helados proyectos,  
el cielo tendrá que huir ante el tumulto de las  
/ventanas.

No es extraño este sitio para la danza, yo lo digo.  
El mascarón bailará entre columnas de sangre  
/y de números,  
entre huracanes de oro y gemidos de obreros  
/parados  
que aullarán, noche oscura, por su tiempo sin luces,  
¡oh salvaje Norteamérica! ¡oh impúdica! ¡oh salvaje,  
tendida en la frontera de la nieve!

*El mascarón. ¡Mirad el mascarón!  
¡Qué ola de fango y luciérnaga sobre Nueva York!*

\* \* \*

Yo estaba en la terraza luchando con la luna.  
Enjambres de ventanas acribillaban un muslo  
/de la noche.

En mis ojos bebían las dulces vacas de los cielos.  
Y las brisas de largos remos  
golpeaban los cenicientos cristales de Broadway.

La gota de sangre buscaba la luz de la yema del astro  
para fingir una muerta semilla de manzana.  
El aire de la llanura, empujado por los pastores,  
temblaba con un miedo de molusco sin concha.

Pero no son los muertos los que bailan,  
estoy seguro.  
Los muertos están embebidos, devorando sus  
/propias manos.  
Son los otros los que bailan con el mascarón  
/y su vihuela;  
son los otros, los borrachos de plata, los hombres fríos,  
los que crecen en el cruce de los muslos  
/y llamas duras,  
los que buscan la lombriz en el paisaje de  
/las escaleras,  
los que beben en el banco lágrimas de niña muerta

o los que comen por las esquinas diminutas  
/pirámides del alba.

¡Que no baile el Papa!  
¡No, que no baile el Papa!  
Ni el Rey,  
ni el millonario de dientes azules,  
ni las bailarinas secas de las catedrales,  
ni constructores, ni esmeraldas, ni locos,  
/ni sodomitas.

Sólo este mascarón,  
este mascarón de vieja escarlatina,  
¡sólo este mascarón!

Que ya las cobras silbarán por los últimos pisos,  
que ya las ortigas estremecerán patios y terrazas,  
que ya la Bolsa será una pirámide de musgo,  
que ya vendrán lianas después de los fusiles  
y muy pronto, muy pronto, muy pronto.  
¡Ay, Wall Street!

*El mascarón. ¡Mirad el mascarón!  
¡Cómo escape veneno de bosque  
por la angustia imperfecta de Nueva York!*

Diciembre, 1929

# Luna y panorama de los insectos

## Poema de amor

*La luna en el mar riela,  
en la lona gime el viento  
y alza en blando movimiento  
olas de plata y azul.  
Espronceda*

Mi corazón tendría la forma de un zapato  
si cada aldea tuviera una sirena.  
Pero la noche es interminable cuando se apoya  
/en los enfermos  
y hay barcos que buscan ser mirados para poder  
/hundirse tranquilos.

Si el aire sopla blandamente  
mi corazón tiene la forma de una niña.  
Si el aire se niega a salir de los cañaverales  
mi corazón tiene la forma de una milenaria  
/boñiga de toro.

Bogar, bogar, bogar, bogar,  
hacia el batallón de puntas desiguales,  
hacia un paisaje de acechos pulverizados.  
Noche igual de la nieve, de los sistemas  
/suspendidos.

Y la luna.  
¡La luna!  
Pero no la luna.  
La raposa de las tabernas,  
el gallo japonés que se comió los ojos,  
las hierbas masticadas.

No nos salvan las solitarias en los vidrios,  
ni los herbolarios donde el metafísico  
encuentra las otras vertientes del cielo.  
Son mentira las formas. Sólo existe  
el círculo de bocas del oxígeno.  
Y la luna.  
Pero no la luna.  
Los insectos,  
los muertos diminutos por las riberas,  
dolor en longitud,  
yodo en un punto,

las muchedumbres en el alfiler,  
el desnudo que amasa la sangre de todos,  
y mi amor que no es un caballo ni una quemadura,  
criatura de pecho devorado.  
¡Mi amor!

*Ya cantan, gritan, gimen: Rostro. ¡Tu rostro! Rostro.  
Las manzanas son unas,  
las dalias son idénticas,  
la luz tiene un sabor de metal acabado  
y el campo de todo un lustro cabrá en la mejilla  
/de la moneda.  
Pero tu rostro cubre los cielos del banquete.  
¡Ya cantan!, ¡gritan!, ¡gimen!,  
¡cubren!, ¡trepan!, ¡espantan!*

Es necesario caminar, ¡de prisa!, por las ondas,  
/por las ramas,  
por las calles deshabitadas de la Edad Media  
/que bajan al río,  
por las tiendas de las pieles donde suena un cuerno  
/de vaca herida,  
por las escalas, ¡sin miedo!, por las escalas.  
Hay un hombre descolorido que se está bañando  
/en el mar;

es tan tierno que los reflectores le comieron jugando  
/el corazón.

Y en el Perú viven mil mujeres, ¡oh insectos!,  
/que noche y día  
hacen nocturnos y desfiles entrecruzando  
/sus propias venas.

Un diminuto guante corrosivo me detiene. ¡Basta!  
En mi pañuelo he sentido el tris  
de la primera vena que se rompe.  
Cuida tus pies, amor mío, ¡tus manos!,  
ya que yo tengo que entregar mi rostro,  
mi rostro, ¡mi rostro!, ¡ay, mi comido rostro!

Este fuego casto para mi deseo,  
esta confusión por anhelo de equilibrio,  
este inocente dolor de pólvora en mis ojos,  
aliviara la angustia de otro corazón  
devorado por las nebulosas.

No nos salva la gente de las zapaterías,  
ni los paisajes que se hacen música al encontrar  
/las llaves oxidadas.  
Son mentira los aires. Sólo existe

una cunita en el desván  
que recuerda todas las cosas.  
Y la luna.  
Pero no la luna.  
Los insectos,  
los insectos solos,  
crepitantes, mordientes, estremecidos, agrupados,  
y la luna  
con un guante de humo sentada en la puerta  
/de sus derribos.  
¡¡La luna!!

## El poeta pide ayuda a la Virgen<sup>1</sup>

Pido a la divina Madre de Dios,  
Reina celeste de todo lo criado,  
me dé la pura luz de los animalitos  
que tienen una sola letra en su vocabulario,  
animales sin alma, simples formas,  
lejos de la despreciable sabiduría del gato,  
lejos de la profundidad ficticia de los búhos,  
lejos de la escultórica sapiencia del caballo,  
criaturas que aman sin ojos,  
con un solo sentido de infinito ondulado  
y que se agrupan en grandes montones  
para ser comidas por los pájaros.  
Pido la sola dimensión  
que tienen los pequeños animales planos,  
para marrar cosas cubiertas de tierra  
bajo la dura inocencia del zapato;

---

<sup>1</sup> En algunas ediciones y páginas web este poema figura con el título de “Luna y panorama de los insectos”, pero para esta selección me he guiado por las ediciones que lo ubican entre la serie de los poemas sueltos, mientras que, según las antologías de Plaza & Janés (1998) y de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, “Luna y panorama de los insectos” haría parte del ciclo de *Poeta en Nueva York*.

no hay quien llore porque comprenda  
el millón de muertecitas que tiene el mercado,  
esa muchedumbre china de las cebollas decapitadas  
y ese gran sol amarillo de viejos peces aplastados.  
Tú, Madre siempre temible. Ballena de todos los cielos.  
Tú, Madre siempre bromista. Vecina del perejil  
/prestado.  
Sabes que yo comprendo la carne mínima del mundo.

## Son de negros en Cuba

Cuando llegue la luna llena  
iré a Santiago de Cuba,  
iré a Santiago,  
en un coche de agua negra.  
Iré a Santiago.  
Cantarán los techos de palmera.  
Iré a Santiago.  
Cuando la palma quiere ser cigüeña,  
iré a Santiago.  
Y cuando quiere ser medusa el plátano,  
iré a Santiago.  
Iré a Santiago  
con la rubia cabeza de Fonseca.  
Iré a Santiago.  
Y con la rosa de Romeo y Julieta  
iré a Santiago.  
¡Oh Cuba! ¡Oh ritmo de semillas secas!  
Iré a Santiago.  
¡Oh cintura caliente y gota de madera!  
Iré a Santiago.  
¡Arpa de troncos vivos, caimán, flor de tabaco!  
Iré a Santiago.

Siempre he dicho que yo iría a Santiago  
en un coche de agua negra.

Iré a Santiago.

Brisa y alcohol en las ruedas,  
iré a Santiago.

Mi coral en la tiniebla,  
iré a Santiago.

El mar ahogado en la arena,  
iré a Santiago,

calor blanco, fruta muerta,  
iré a Santiago.

¡Oh bovino frescor de calaveras!

¡Oh Cuba! ¡Oh curva de suspiro y barro!

Iré a Santiago.

## **Dos odas indispensables**

---



# Oda a Salvador Dalí<sup>1</sup>

## (Fragmento)

Al coger tu paleta, con un tiro en un ala,  
pides la luz que anima la copa del olivo.  
Ancha luz de Minerva, constructora de andamios,  
donde no cabe el sueño ni su flora inexacta.  
Pides la luz antigua que se queda en la frente,  
sin bajar a la boca ni al corazón del bosque.  
Luz que temen las vides entrañables de Baco  
y la fuerza sin orden que lleva el agua curva.  
Haces bien en poner banderines de aviso,  
en el límite oscuro que relumbra de noche.  
Como pintor no quieres que te ablande la forma  
el algodón cambiante de una nube imprevista.  
El pez en la pecera y el pájaro en la jaula.  
No quieres inventarlos en el mar o en el viento.  
Estilizas o copias después de haber mirado,  
con honestas pupilas sus cuerpecillos ágiles.  
Amas una materia definida y exacta  
donde el hongo no pueda poner su campamento.

---

<sup>1</sup> La "Oda a Salvador Dalí", publicada originalmente en 1926 por la prestigiosa *Revista de Occidente*, dirigida por Ortega y Gasset, es en opinión de Ian Gibson, "uno de los más apasionados himnos a la amistad jamás escritos en español".

Amas la arquitectura que construye en lo ausente  
y admites la bandera como una simple broma.  
Dice el compás de acero su corto verso elástico.  
Desconocidas islas desmiente ya la esfera.  
Dice la línea recta su vertical esfuerzo  
y los sabios cristales cantan sus geometrías.

\* \* \*

Pero también la rosa del jardín donde vives.  
¡Siempre la rosa, siempre, norte y sur de nosotros!  
Tranquila y concentrada como una estatua ciega,  
ignorante de esfuerzos soterrados que causa.  
Rosa pura que limpia de artificios y croquis  
y nos abre las alas tenues de la sonrisa  
(Mariposa clavada que medita su vuelo).  
Rosa del equilibrio sin dolores buscados.  
¡Siempre la rosa!

\* \* \*

¡Oh, Salvador Dalí de voz aceitunada!  
Digo lo que me dicen tu persona y tus cuadros.  
No alabo tu imperfecto pincel adolescente,  
pero canto la firme dirección de tus flechas.

Canto tu bello esfuerzo de luces catalanas,  
tu amor a lo que tiene explicación posible.  
Canto tu corazón astronómico y tierno,  
de baraja francesa y sin ninguna herida.  
Canto el ansia de estatua que persigues sin tregua,  
el miedo a la emoción que te aguarda en la calle.  
Canto la sirenita de la mar que te canta  
montada en bicicleta de corales y conchas.  
Pero ante todo canto un común pensamiento  
que nos une en las horas oscuras y doradas.  
No es el Arte la luz que nos ciega los ojos.  
Es primero el amor, la amistad o la esgrima.  
Es primero que el cuadro que paciente dibujas  
el seno de Teresa, la de cutis insomne,  
el apretado bucle de Matilde la ingrata,  
nuestra amistad pintada como un juego de oca.  
Huellas dactilográficas de sangre sobre el oro,  
rayen el corazón de Cataluña eterna.  
Estrellas como puños sin halcón te relumbren,  
mientras que tu pintura y tu vida florecen.  
No mires la clepsidra con alas membranosas,  
ni la dura guadaña de las alegorías.  
Viste y desnuda siempre tu pincel en el aire  
frente a la mar poblada de barcos y marinos.

## Oda a Walt Whitman<sup>2</sup>

Por el East River y el Bronx  
los muchachos cantaban enseñando sus cinturas,  
con la rueda, el aceite, el cuero y el martillo.  
Noventa mil mineros sacaban la plata de las rocas  
y los niños dibujaban escaleras y perspectivas.

Pero ninguno se dormía,  
ninguno quería ser el río,  
ninguno amaba las hojas grandes,  
ninguno la lengua azul de la playa.

Por el East River y el Queensborough  
los muchachos luchaban con la industria,  
y los judíos vendían al fauno del río  
la rosa de la circuncisión  
y el cielo desembocaba por los puentes y los tejados  
manadas de bisontes empujadas por el viento.

---

<sup>2</sup> Se ha tomado como guía, para la transcripción de este poema, la edición impresa en México en 1933, de la cual se tiraron cincuenta ejemplares numerados del 1 al 50. Trae esta edición un epígrafe de Gerardo Diego que dice: “la tengo por lo más importante e inspirado de su obra lírica”.

Pero ninguno se detenía,  
ninguno quería ser nube,  
ninguno buscaba los helechos  
ni la rueda amarilla del tamboril.

Cuando la luna salga  
las poleas rodarán para tumbar el cielo;  
un límite de agujas cercará la memoria  
y los ataúdes se llevarán a los que no trabajan.

Nueva York de cieno,  
Nueva York de alambres y de muerte.  
¿Qué ángel llevas oculto en la mejilla?  
¿Qué voz perfecta dirá las verdades del trigo?  
¿Quién el sueño terrible de tus anémonas manchadas?

Ni un solo momento, viejo hermoso Walt Whitman,  
he dejado de ver tu barba llena de mariposas,  
ni tus hombros de pana gastados por la luna,  
ni tus muslos de Apolo virginal,  
ni tu voz como una columna de ceniza;  
anciano hermoso como la niebla  
que gemías igual que un pájaro  
con el sexo atravesado por una aguja,

enemigo del sátiro,  
enemigo de la vid  
y amante de los cuerpos bajo la burda tela.

Ni un solo momento, hermosura viril,  
que en montes de carbón, anuncios y ferrocarriles,  
soñabas ser un río y dormir como un río  
con aquel camarada que pondría en tu pecho  
un pequeño dolor de ignorante leopardo.

Ni un sólo momento, Adán de sangre, Macho,  
hombre solo en el mar, viejo hermoso Walt Whitman,  
porque por las azoteas,  
agrupados en los bares,  
saliendo en racimos de las alcantarillas,  
temblando entre las piernas de los *chauffeurs*  
o girando en las plataformas del ajenjo,  
los maricas, Walt Whitman, te señalan.

¡También ese! ¡También! Y se despeñan  
sobre tu barba luminosa y casta,  
rubios del norte, negros de la arena,  
muchedumbres de gritos y ademanes,  
como gatos y como las serpientes,  
los maricas, Walt Whitman, los maricas

turbios de lágrimas, carne para fusta,  
bota o mordisco de los domadores.

¡También ése! ¡También! Dedos teñidos  
apuntan a la orilla de tu sueño  
cuando el amigo come tu manzana  
con un leve sabor de gasolina  
y el sol canta por los ombligos  
de los muchachos que juegan bajo los puentes.

Pero tú no buscabas los ojos arañados,  
ni el pantano oscurísimo donde sumergen a los niños,  
ni la saliva helada,  
ni las curvas heridas como panza de sapo  
que llevan los maricas en coches y terrazas  
mientras la luna los azota por las esquinas del terror.

Tú buscabas un desnudo que fuera como un río,  
toro y sueño que junte la rueda con el alga,  
padre de tu agonía, camelia de tu muerte,  
y gimiera en las llamas de tu Ecuador oculto.

Porque es justo que el hombre no busque su deleite  
en la selva de sangre de la mañana próxima.  
El cielo tiene playas donde evitar la vida  
y hay cuerpos que no deben repetirse en la Aurora.

Agonía, agonía, sueño, fermento y sueño.  
Éste es el mundo, amigo, agonía, agonía.  
Los muertos se descomponen bajo el reloj de  
/las ciudades,  
la guerra pasa llorando con un millón de ratas grises,  
los ricos dan a sus queridas  
pequeños moribundos iluminados,  
y la Vida no es noble, ni buena, ni sagrada.

Puede el hombre, si quiere, conducir su deseo  
por vena de coral o celeste desnudo;  
mañana los amores serán rocas y el Tiempo  
una brisa que viene dormida por las ramas.

Por eso no levanto mi voz, viejo Walt Whitman,  
contra el niño que escribe  
nombre de niña en su almohada,  
ni contra el muchacho que se viste de novia  
en la oscuridad del ropero,  
ni contra los solitarios de los casinos  
que beben con asco el agua de la prostitución,  
ni contra los hombres de mirada verde  
que aman al hombre y quemán sus labios en silencio.

Pero sí contra vosotros, maricas de las ciudades,  
de carne tumefacta y pensamiento inmundo.  
Madres de lodo. Arpías. Enemigos sin sueño  
del Amor que reparte coronas de alegría.

Contra vosotros siempre, que dais a los muchachos  
gotas de sucia muerte con amargo veneno.

Contra vosotros siempre,  
“Faeries” de Norteamérica,  
“Pájaros” de la Habana,  
“Jotos” de Méjico,  
“Sarasas” de Cádiz,  
“Ápios” de Sevilla,  
“Cancos” de Madrid,  
“Floras” de Alicante,  
“Adelaidas” de Portugal.

¡Maricas de todo el mundo, asesinos de palomas!  
Esclavos de la mujer. Perras de sus tocadores.  
Abiertos en las plazas, con fiebre de abanico  
o emboscados en yertos paisajes de cicuta.

¡No haya cuartel! La muerte  
mana de vuestros ojos  
y agrupa flores grises en la orilla del cieno.  
¡No haya cuartel! ¡Alerta!

Que los confundidos, los puros,  
los clásicos, los señalados, los suplicantes  
os cierren las puertas de la bacanal.

Y tú, bello Walt Whitman, duerme a orillas del Hudson  
con la barba hacia el polo y las manos abiertas.  
Arcilla blanda o nieve, tu lengua está llamando  
camaradas que velen tu gacela sin cuerpo.

Duerme: no queda nada.  
Una danza de muros agita las praderas  
y América se anega de máquinas y llanto.  
Quiero que el aire fuerte de la noche más honda  
quite flores y letras del arco donde duermes  
y un niño negro anuncie a los blancos del oro  
la llegada del reino de la espiga.

Cuando se hundieron las formas puras  
bajo el cri cri de las margaritas,  
comprendí que me habían asesinado.  
Recorrieron los cafés y los cementerios  
/y las iglesias,  
abrieron los toneles y los armarios,  
destrozaron tres esqueletos para arrancar  
/sus dientes de oro.  
Ya no me encontraron.  
¿No me encontraron?  
No. No me encontraron.  
Pero se supo que la sexta luna huyó  
/torrente arriba,  
y que el mar recordó ¡de pronto!,  
los nombres de todos sus ahogados.<sup>3</sup>



---

<sup>3</sup> Última estrofa del poema “Fábula y rueda de los tres amigos”, de la primera parte del libro *Poeta en Nueva York*, y que resultó ser tremendamente premonitoria de lo que sería su propio destino; del destino de su cuerpo asesinado, y jamás encontrado.

## ¡Libros, libros! (Medio pan y un libro)<sup>4</sup>

Cuando alguien va al teatro, a un concierto o a una fiesta de cualquier índole que sea, si la fiesta es de su agrado, recuerda inmediatamente y lamenta que las personas que él quiere no se encuentren allí. «Lo que le gustaría esto a mi hermana, a mi padre», piensa, y no goza ya del espectáculo sino a través de una leve melancolía.

Ésta es la melancolía que yo siento, no por la gente de mi casa, que sería pequeño y ruin, sino por todas las criaturas que por falta de medios y por desgracia suya no gozan del supremo bien de la belleza que es vida y es bondad y es serenidad y es pasión.

Por eso no tengo nunca un libro, porque regalo cuantos compro, que son infinitos, y por eso estoy aquí honrado y contento de inaugurar esta Biblioteca del pueblo, la primera seguramente en toda la provincia de Granada.

---

<sup>4</sup> Discurso de Federico García Lorca ante las gentes de Fuente Vaqueros (Granada) en septiembre de 1931, al inaugurar la biblioteca del pueblo.

“No sólo de pan vive el hombre”. Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro. Y yo ataco desde aquí violentamente a los que solamente hablan de reivindicaciones económicas sin nombrar jamás las reivindicaciones culturales que es lo que los pueblos piden a gritos.

Bien está que todos los hombres coman, pero que todos los hombres sepan.

Que gocen todos los frutos del espíritu humano porque lo contrario es convertirlos en máquinas al servicio de Estado, es convertirlos en esclavos de una terrible organización social.

Yo tengo mucha más lástima de un hombre que quiere saber y no puede, que de un hambriento. Porque un hambriento puede calmar su hambre fácilmente con un pedazo de pan o con unas frutas, pero un hombre que tiene ansia de saber y no tiene medios, sufre una terrible agonía porque son libros, libros, muchos libros los que necesita y ¿dónde están esos libros?

¡Libros! ¡Libros!

Hace aquí una palabra mágica que equivale a decir: «amor, amor», y que debían los pueblos pedir como piden pan o como anhelan la lluvia para sus sementeras.

Cuando el insigne escritor ruso Fedor Dostoievsky, padre de la revolución rusa mucho más que Lenin, estaba prisionero en la Siberia, alejado del mundo, entre cuatro paredes y cercado por desoladas llanuras de nieve infinita; y pedía socorro en carta a su lejana familia, sólo decía: «¡Enviadme libros, libros, muchos libros para que mi alma no muera!».

Tenía frío y no pedía fuego, tenía terrible sed y no pedía agua: pedía libros, es decir, horizontes, es decir, escaleras para subir la cumbre del espíritu y del corazón.

Porque la agonía física, biológica, natural, de un cuerpo por hambre, sed o frío, dura poco, muy poco, pero la agonía del alma insatisfecha dura toda la vida.

Ya ha dicho el gran Menéndez Pidal, uno de los sabios más verdaderos de Europa, que el lema de la República debe ser: «Cultura». Cultura porque sólo a través de ella se pueden resolver los problemas en que hoy se debate el pueblo lleno de fe, pero falto de luz.



## Bibliografía

*Antología poética de Federico García Lorca*. Prólogo de Allen Josephs. Plaza & Janés Editores, 1998

*Federico García Lorca*. Ian Gibson. Crítica. 1994

*Oda a Walt Whitman* / Federico García Lorca. México. Alcanía, 1933

*Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca* (1898-1936). Ian Gibson. Editorial Debolsillo, 2016

### Webgrafía

[http://www.cervantesvirtual.com/portales/federico\\_garcia\\_lorca/](http://www.cervantesvirtual.com/portales/federico_garcia_lorca/)

[http://www.culturandalucia.com/FEDERICO\\_GARCIA\\_LORCA/Federico\\_Garcia\\_Lorca\\_Obras.htm](http://www.culturandalucia.com/FEDERICO_GARCIA_LORCA/Federico_Garcia_Lorca_Obras.htm)

<https://www.poemas-del-alma.com/federico-garcia-lorca.htm>

<https://descargarlibrosenpdf.wordpress.com/2017/06/04/obras-completas-federico-garcia-lorca/>





Editorial

TIGRE Y PALOMA  
(Antología)  
Federico García Lorca

© Universidad del Norte, 2020

ISBN 978-958-789-174-4 (impreso)  
ISBN 978-958-789-175-1 (PDF)

Una publicación de Editorial Universidad del Norte  
para circulación y distribución gratuita  
en el *campus* universitario

*Antología y prólogo:* Patricia Iriarte  
*Edición:* Zoila Sotomayor  
*Asistencia editorial:* María Margarita Mendoza  
*Diseño:* Naybeth Díaz  
*Diagramación:* Munir Kharfan

Universidad del Norte,  
Km 5 vía Puerto Colombia  
Área metropolitana de Barranquilla  
(Colombia)

Impreso y hecho en Colombia  
DGP Editores S.A.S. (Bogotá)

*Printed and made in Colombia*

© Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio reprográfico, fónico o informático, así como su transmisión por cualquier medio mecánico o electrónico, fotocopias, microfilm, *offset*, mimeográfico u otros sin autorización previa y escrita de los titulares del *copyright*. La violación de dichos derechos constituye un delito contra la propiedad intelectual.





*El **roble morado**, al igual que la poesía, necesita tiempo, la fuerza de una savia subterránea y semillas aladas para multiplicarse y dar la perfecta floración violeta propia de la sabiduría. Esta colección es también un cultivo sembrado en la tierra fértil del conocimiento.*

